EL POETA ANTONIO MACHADO EN BAEZA, EVOCACIÓN Y CREATIVIDAD

DÁMASO CHICHARRO CHAMORRO
UNIVERSIDAD DE JAÉN

Desde hace muchos años venimos ocupándonos de la relación del poeta Antonio Machado con Baeza, acaso fuera nuestro primer trabajito uno de 1970 inserto en una revista local hoy olvidada y desaparecida. Evidentemente a la altura de 2011 son ya muy numerosos los estudios que de forma exclusiva o parcial se refieren a la estancia del poeta Antonio Machado en la ciudad, que abarca exactamente y con carácter oficial desde el 1 de noviembre de 1912 (fecha de su toma de posesión) hasta el 5 del mismo mes pero de 1919 (fecha de su nombramiento como catedrático de francés del instituto de Segovia); es decir, justamente siete años y cuatro días. Esta relación ha venido ocupando a la crítica en general desde hace décadas, hasta el punto de que muchos de estos estudios merecieron ser agrupados en un volumen conjunto por el profesor Antonio Chicharro bajo el título de *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, cuya

primera edición fue de 1983, pero que ha ido ampliando en sucesivas entregas hasta constituir un volumen de amplias dimensiones al que hay que recurrir de manera inexcusable siempre que queramos referirnos al asunto. No obstante, en los últimos tiempos esta relación ha merecido algún otro estudio que de forma un tanto personal, pero también con indudables méritos, se ha ocupado de este aspecto. Me refiero al de la profesora Fanny Rubio, titulado *Baeza de Machado*, publicado por la fundación José Manuel Lara en Sevilla en 2008. Son las fuentes de información que la experiencia nos señala como de obligada consulta.

Pero realmente la vida de Machado en la ciudad baezana, como digo, ha sido múltiples veces descrita y comentada, tanto en su significación personal como por lo que a su obra literaria respecta; desde los estudios biográficos o meramente cordiales, como son las evocaciones de sus propios alumnos, hasta las aportaciones más fundadas de los principales especialistas. Así cabe citar un listado de artículos entre los que recoge el profesor Antonio Chicharro, como el titulado "Del Nido real de gavilanes: el maestro de poetas Don Antonio Machado", a cargo de Rafael Láinez Alcalá, o el de Francisco Escolano, titulado "Antonio Machado en Baeza", de 1942, o el de Juan Pasquau, o el de Aurora de Albornoz ("El paisaje andaluz en la poesía de Antonio Machado"), el de Manuel Orozco Díaz, "Recuerdo de Antonio Machado en Baeza" o los múltiples de los años sesenta y setenta del pasado siglo, como el de Guillermo Díaz Plaja, de 1986, o los de Juan Antonio Cabezas, Julio César Chaves, Daniel Pineda Novo, los breves pero ponderados de Manrique de Lara o José María Moreiro ("Baeza de Don Antonio"), de 1975, o incluso las sentidas evocaciones de poetas como Carlos Murciano en su breve pero enjundioso trabajo "Por los caminos de Antonio", de 1975 también, o los de Alberto Sánchez ("Tres paisajes en la poesía de Antonio Machado"), etcétera.

Con motivo del frustrado homenaje que se le tributó (o, mejor, se intentó tributar) en la ciudad en 1966 fueron también varios los trabajos que se presentaron en aquel tiempo y en aquella forma. Baste recordar el del propio Antonio Chicharro ("Noticia de un homenaje: Baeza, febrero de 1966-abril de 1983"). Nosotros mismos nos ocupamos de esta relación, primero en un pequeño estudio titulado "Antonio Machado y Baeza, del rechazo

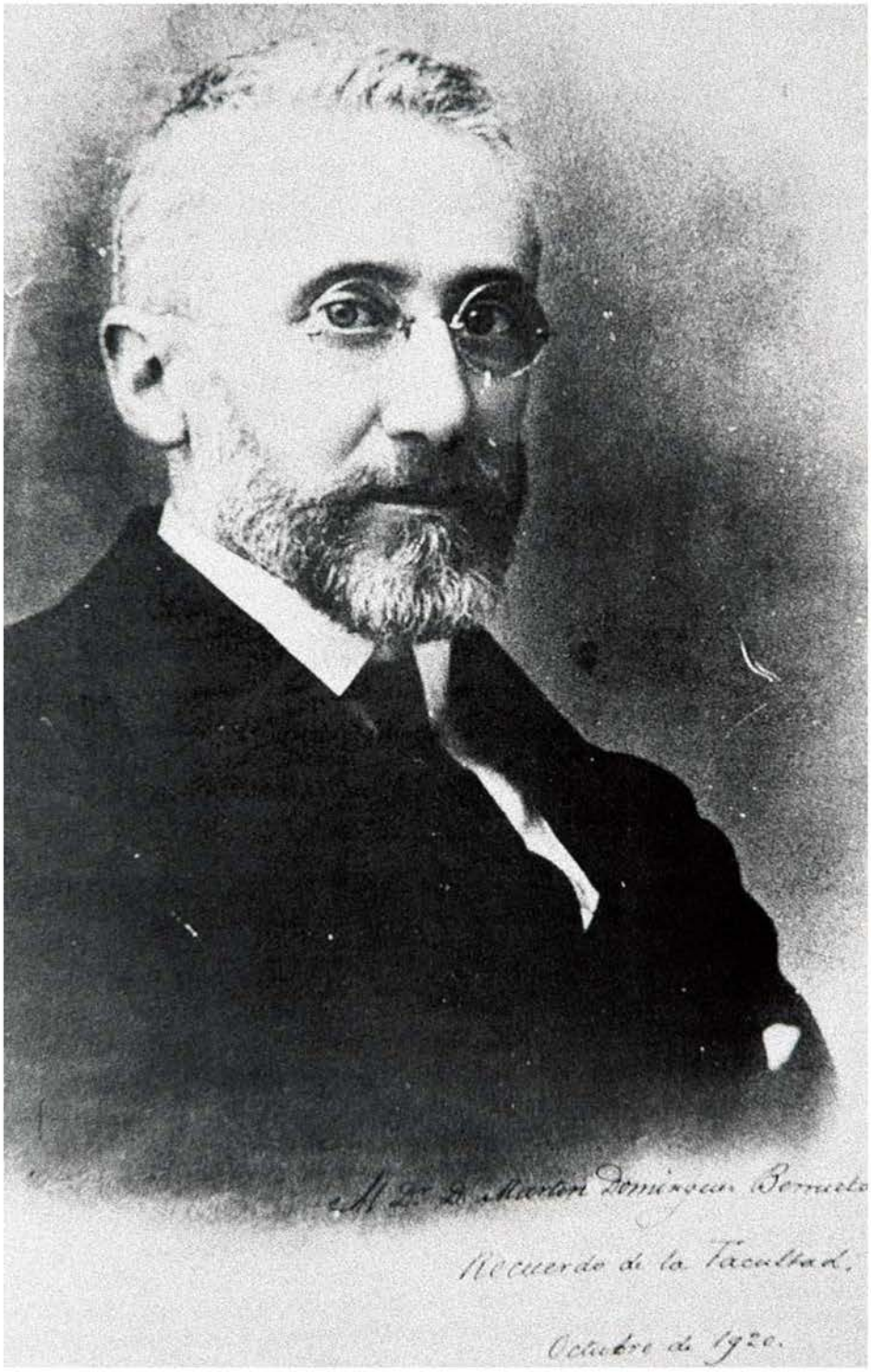
a la conversión", que vio la luz en 1984, así como en posteriores reediciones, y algunos otros parciales, como aquel en que comentábamos un poco conocido poema escrito en aquella etapa, como hijo frustrado o semiolvidado, que plasmó en Baeza y con membrete del instituto bajo el título de "Cantares" y que no recogió en su edición de *Poesías completas* de 1917. Evidentemente, estos y otros breves estudios se compendian, complementan y casan con aquellos que forman parte de volúmenes relevantes en la bibliografía machadiana, como los conocidos de Manuel Tuñón de Lara, *Antonio Machado poeta del pueblo*, el de Aurora de Albornoz, sobre Miguel de Unamuno y Antonio Machado, o los capítulos que dedican a este asunto los clásicos libros de Pedro Cerezo Galán, Bernard Sesé, José María Valverde, etcétera. Entre ellos, nos sigue pareciendo a estas alturas del centenario que son esos breves trabajitos iniciales los que proporcionan mejor idea de la etapa machadiana en la ciudad de Baeza que, como es bien sabido, se inicia el día 1º de noviembre de 1912, fiesta de Todos los Santos, en que tomó posesión de su cátedra de lengua francesa en el entonces denominado Instituto General y Técnico. Aquella toma de posesión tuvo sus anécdotas, tantas veces repetidas, tras la terrible decepción que sufre el poeta poco antes con la muerte de su esposa, Leonor Izquierdo Cuevas, pues él suponía que el emplazamiento real de la ciudad era el de la conocida estación de ferrocarril del mismo nombre, cuando descubrió que ambos núcleos distan nada menos que 14 kilómetros, que en la época suponían un insufrible trayecto de casi tres horas en modesto ferrocarril de vía estrecha. La decepción de Machado fue todavía mayor, pues se había sentido muy contento al conocer su nuevo destino, en el verano de 1912, porque esperaba visitar Madrid los fines de semana, gracias al ferrocarril, ya que allí residía su hermano Manuel, con el cual mantenía y mantuvo siempre algo más que una fraternal relación.

El poeta se dirige a la vivienda del director del instituto, sita en el mismo centro, y le comunican, así de golpe, que el susodicho director estaba en la agonía, lo cual supone un nuevo mazazo para ya el desengañado catedrático. Pronto le sacan de su error, pues "La agonía" no era más que un bar donde se reunían los labradores, que así lo llamaban por sus frecuentes quejas por la falta de lluvias. Pronto recupera el aliento Don Antonio

y al día siguiente tiene lugar, en efecto, su toma de posesión ante el director, Don Leopoldo de Urquía, el que habría de ser su gran amigo en la ciudad, profesor de ideas krausistas, más que amigo de la familia, y ante el secretario del instituto, Don Antonio Parra. Se ha repetido muchas veces que el traslado de Machado a Baeza no fue del todo voluntario, como pudiera creerse, sino que, tras el hondo pesar que le dejó la muerte de su mujer, solicita la primera vacante que se produzca en el escalafón de catedráticos y que le pueda ser otorgada en su condición de profesor de una de las materias consideradas entonces menores, como era el francés. Esta vacante fue la de Baeza.

Es probable que en ello influyera (en la concesión de la plaza me refiero) la señalada amistad con el director, que con toda probabilidad propició la salida a concurso de traslado de aquella cátedra, al fin y al cabo en su Andalucía natal. Este hombre, Leopoldo de Urquía, influyó sin duda en el giro que dio la vocación humanística de Antonio Machado hacia el campo de la filosofía en su etapa de Baeza. Recordemos que en estos años profundiza en sus conocimientos de esta materia. En un momento dado decide dar validez académica a sus lecturas filosóficas para la obtención de la ansiada licenciatura, que Machado no poseía, pues era sólo bachiller, ya que para opositar a cátedras de idiomas no era preciso entonces ser licenciado. Para obtener el título periódicamente viaja a Madrid a examinarse como alumno libre, consiguiendo la licenciatura en filosofía ya en 1918 ante un tribunal presidido por Ortega y Gasset. La razón era muy fácil: él pretendía salir de la ciudad rápidamente para reunirse con su hermano en Madrid, obteniendo alguna plaza, bien en el mismo Madrid o lo más próximo posible a la ciudad, acaso Cuenca, Guadalajara o Segovia; es decir, ciudades desde donde pudiera viajar con relativa comodidad a la capital de España, porque la convivencia con su hermano Manuel le resultaba imprescindible, máxime desde que tenían concebido y deseaban poner en práctica la colaboración para el teatro, cosa que sucede ya en la etapa baezana, no en la segoviana como tantos creen.

Si hubiera que resumir de manera sintética cuál es la aportación de Baeza a Machado, qué llevó de aquí cuando salió precipitadamente para Segovia, habría que decir: la creación de los apócrifos (*Juan de Mairena, Abel*



El Catedrático de Arte de Granada Martín Domínguez Berrueta en 1920

Estación Baeza, ➤ de ferrocarril
Fotografía de Arturo Cerdá y Rico
Principios del siglo XX

Martín y *Pedro de Zúñiga*), la edición de un libro unitario y perfecto en su sencillez, hoy no demasiado citado, pero que Antonio Machado escogió con muy buen criterio entre lo que había escrito hasta entonces y que por aquellas fechas vio la luz. Me refiero a *Páginas escogidas*, de 1917; y la que es primera edición de sus *Poesías completas*; es decir, de sus todavía muy incompletas poesías, que con este pretencioso nombre publicó en el mismo año de 1917. Corresponde también a la etapa baezana una buena parte de su correspondencia, acaso las mejores cartas que salieron de su pluma y que mejor nos llevan a conocer su personalidad. Me refiero a la que mantiene con Unamuno, con Juan Ramón y con Azorín. Son también fundamentales los poemas *in mortem* de Leonor Izquierdo, que constituyen un cancionero aparte, perfectamente distinguible y, en

opinión de la crítica tradicional, acaso lo mejor que salió de la pluma de Antonio Machado. Asimismo su relación, pasado algún tiempo, con las mujeres, en las que descubre algo más que un motivo de inspiración. Me refiero a Patrocinio de Biedma y Lamoneda, a las hijas de Don Leopoldo de Urquía, en especial a María del Reposo, con la que mantuvo una relación que acaso trascienda lo meramente anecdótico (a los alumnos de "la preparatoria" en 1957 nos la presentaron como "la novia de Machado" y ella bajó la mirada y sonrió suficiente, pero no lo desmintió) y, por supuesto, con su propia madre, Doña Ana Ruiz, tan aficionada a las relaciones sociales como se desprende del testimonio de algunas de las cartas machadianas publicadas en el *Epistolario* por Jordi Doménech.

Cuando Machado llega a Baeza tiene treinta y siete años y cuarenta y cuatro al marcharse. Su venida a la ciudad, como a cualquier otro lugar al que hubiera llegado en las circunstancias trágicas en que lo hizo, apenas fue un intento sin convicción de paliar el profundísimo vacío que la muerte de Leonor le dejó. Así lo dice en un texto epistolar, justamente famoso, como es la carta a Miguel de Unamuno que todos conocemos: "La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. El golpe fue terrible y no creo haberme repuesto". Esta carta es de finales de 1913. Pero antes había llegado incluso a pensar en el suicidio, seguramente desestimado por el éxito de *Campos de Castilla*, según confiesa a Juan Ramón Jiménez.

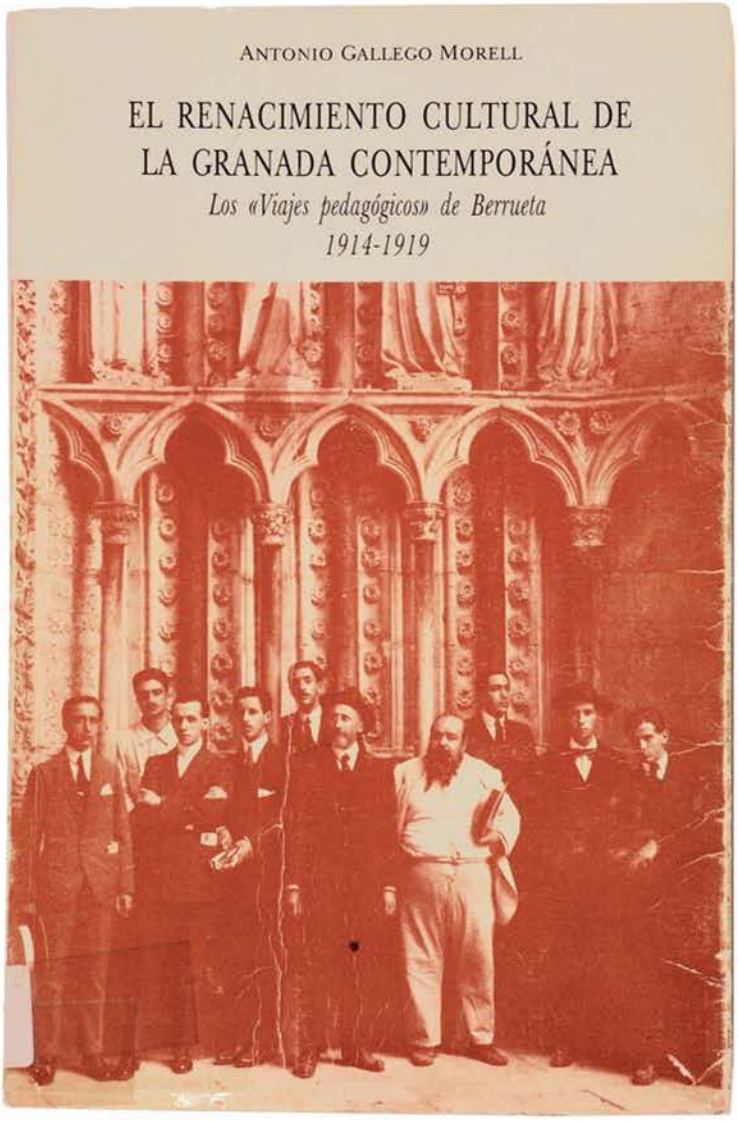
Lo que hoy nos parece cada vez más claro es que la etapa baezana es la más importante, fructífera y completa en su evolución personal y de su producción, porque en ella se consolidan todos los matices de su literatura anterior y se inician otros nuevos, que tendrán repercusión esencial en el conjunto de su obra, seguramente aquellos por los que se le estima como poeta de poetas. Nos referimos, lógicamente, a los que muestran su compromiso humano y político, al tema de España, al reflejo del paisaje de este lugar, a la llamada poesía filosófica y, por supuesto, o a los que serán sus grandes apócrifos. Y un dato fundamental y desconocido: la concepción e incluso la plasmación física de una parte de su

producción dramática; en concreto, los inicios de *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel*, obra dramática escrita en colaboración con su hermano Manuel, que no se estrenará hasta 1926 y cuya concepción e incluso la escritura precisa de algunas escenas corresponde a la etapa baezana. No obstante, como dijimos, el primer núcleo de poemas de esta etapa lo constituye la serie de versos elegíacos en que recuerda insistente y dolido a la ciudad de Soria. Hay un poema, precisamente titulado "Recuerdos", en que parece despedirse de aquella tierra:

¡Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano
cercado de colinas y crestas militares,
alcores y roquedas del yermo castellano,
fantasmas de robledos y sombras de encinares!

En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.

La vida de Machado en Baeza transcurre al principio con placidez y lentitud. El primer año reside en la habitación número 15 del Hotel Comercio; pero la situación económica no le permitía tal dispendio y hubo de alquilar una casa donde residir con doña Ana Ruiz, su anciana madre (para la época), en el Prado de la Cárcel; poco después se trasladaría a otra casa contigua, que es la que hoy se enseña como vivienda de Machado. Así transcurre su tiempo, en su inicial y decepcionante contacto. Su lugar no sólo de trabajo sino en cierto modo de desahogo era el instituto. Sus alumnos, como Rafael Laínez Alcalá, lo evocaron con todo detalle en las clases, no muy atractivas precisamente, pues nunca fue lo que se dice un gran profesor. Asistía por las tardes a las tertulias que se mantenían en la rebotica del farmacéutico Adolfo Almazán, profesor de gimnasia del instituto; otras veces permanecía observando entristecido el caer de la lluvia a través de las vidrieras del Café "La perla", pues no quería contacto, ausente, sin hablar demasiado con nadie. Sólo muy de vez en cuando, si algún contertulio, como don Cristóbal Torres, lo sacaba de sus casillas, acababa por excitarse e incluso amenazarlo con hacerle "el salto del tigre", pero esto era lo menos frecuente. Este Cristóbal Torres fue un personaje singular, como dice Escolano, "atrabiliario y obcecado, que exponía en la tertulia falsas encuestas, atribuyéndolas a imaginarias revistas, sempiterno discutidor, letrado sin prestigio", que mereció no obstante el honor de que Machado le dedicara su poema "Olivo del camino", uno de



Libro de Gallego Morell sobre los viajes pedagógicos de Domínguez Berrueta
1989

los mejores de su no tan escasa producción. A esta tertulia asistía también el profesor de dibujo, don Florentino Soria, con el que Machado paseaba durante horas también sin intercambiar palabra, o el catedrático de geografía, don Mariano Ferrer, con quien se sentaba muchas veces en al casino de los artesanos, sin hablar apenas. Además, acudía a la tertulia don José León, alcalde cuando gobernaban los conservadores, el médico Juan Martínez Poyatos, el concejal Manuel Olivera, el director, Leopoldo de Urquía, otro abogado, Emilio Fernández del Rincón, el notario Pedro Gutiérrez Peña, evocado con

toda probabilidad en el poema "Hacia tierra baja", así como el registrador, don Miguel Silvestre, y el secretario del instituto, don Antonio Parra, fedatario de su toma de posesión, entonces un acto formal de singular rigor y siempre recordado.

Machado en ese primer curso (1912-1913) poco tiene que hacer: está ausente incluso en la tertulia, donde se entretenía dibujando en los naipes, en las barajas usadas que los bares de la ciudad facilitaban al boticario para recoger con las cartas las pomadas de los almireces. Cuando se improvisaba alguna partida, las barajas estaban completas y dispuestas, gracias a los dibujitos que Machado iba plasmando. El hecho evidente es que en estos primeros momentos Machado pasó desapercibido en su valía como persona y como poeta. El pueblo llano, que lo conocía sobradamente, pues en Baeza se conoce todo el mundo, sólo apreciaba de él su amabilidad y, cuando se ponía algo raro, cuentan sus alumnos, se marchaba andando por la carretera de Úbeda a tomar café o a "comprar cerillas". En principio Baeza no lo quiso o supo entender. Pero él sí evolucionó coherentemente respecto a la ciudad, a su entorno y a su paisaje humano, yendo desde la incomprensión y despego iniciales, que manifiesta en su "Poema de un día. Meditaciones rurales", a una identificación con la circunstancia humana y el medio. Este famoso poema es el que comienza

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de ruiseñor),
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.

En él evoca perfectamente esa etapa inicial, incluso citando a los contertulios de la rebotica de Almazán. Pero estos primeros poemas son de rechazo al medio en que vive, entre otras razones porque todavía está muy reciente el recuerdo de Soria y de Leonor. Machado no parece desear más que le respeten y le dejen bien anclado en su soledad, tal como refleja este poema "Caminos":

De la ciudad moruna
tras las murallas viejas
yo contemplo la tarde silenciosa
a solas con mi sombra y con mi pena.

Pero esa tristeza misma se dará también en los primeros poemas que evocan el paisaje baezano y, aunque éste sea brillante y

sensorial, contrasta con su sentimiento íntimo, expresado por los adjetivos o la exclamación incontenible. Al final del texto por un momento pareciera identificarse con su paisaje de adopción, pero se impone el recuerdo soriano y de su mujer, tras haber evocado el río, los olivares o la luna, y acaba exclamado "¡Ay, ya no puedo caminar con ella".

También escribe otro grupo de poemas, que podemos considerar *post mortem* de Leonor. Ha pasado el tiempo que todo lo cura. Entre ellos se cita "Soñé que tú me llevabas", amargos y entristecidos, aunque en algún instante aflore una tímida esperanza, que cifra en un progresivo acercamiento a Dios, un Dios cristiano, íntimo y personal, muy extraño en Machado. Así el poema que concluye con aquellos famosos versos en que parece quejarse ante quien lo ha dejado solo en su corazón y el mar, palabra simbólica, preñada de significados inconcretos, que recoge y aúna todo lo malo, caótico y pesimista del mundo, aquello que no puede olvidar en su mismidad malsana.

Sin embargo, con el paso del tiempo, insisto, Machado va cambiando de actitud; ya no es tan ajeno a los quehaceres de la ciudad, hasta el extremo de colaborar en los periódicos y revistillas locales y no sólo se trata del conocido artículo que publicó en *Idea Nueva* como homenaje al primer aniversario de la revista, sino de otros, como el titulado "A una España joven", aparecido en *Diógenes* el 28 de julio de 1918, en que se manifiesta el profundo cambio del pensamiento machadiano. Es un poema en metros largos, que enfoca el tema de España, pero con una honda palpitación por lo directamente vivido, que le confiere una personalidad incuestionable. El poeta se evade, como siempre, por medio del sueño, su gran tema; pero surge la idea de una nueva España, que por un instante parece que va a recobrar su rumbo, aunque todo quede en un espejismo, porque el hoy, que es el mañana de ayer, no deja de ser un sueño frustrado y la España que sueña no deja de ser "pobre, escuálida y beoda", aunque se atisbe en esa "juventud más joven" la voluntad despierta y transparente, "divina lumbre, como el diamante clara, como el diamante pura".

Al mismo tiempo (estamos ya a finales de 1917, año en que publica dos libros) se inicia tímidamente un cierto optimismo, tan raro en Machado, que aparece en algunos de sus poemas, donde va superando la tristeza y se

Tranvía en la cuesta de la Yedra. Fotografía de Cristóbal Cruz

va identificando poco a poco con el medio en que vive. Pero ello no evita alguna recaída en poemas en que el autor se ve a sí mismo caminando "solo, triste, cansado, pensativo y viejo", por oposición a su vida alegre y esperanzada en los años felices del alto Duero. Esa emoción se percibe también en poemas como "Yo voy soñando caminos" o el dedicado a José María Palacio, también de estas fechas, donde recuerda el cementerio, el "Alto Espino" en que yace el cuerpo yerto de Leonor. Esta primera insatisfacción de fondo le lleva a constantes recaídas, perfectamente expresadas en las frecuentes cartas de estos años. Tal vez la más famosa sea la que dedica Unamuno, donde se refiere de modo tan negativo a esa Baeza que llaman Salamanca andaluza y que, pese a tener un instituto o un seminario, una escuela de artes, etc., apenas sabe leer un treinta por ciento de la población y no hay más que una librería, donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos y donde falta la religiosidad auténtica y donde los jugadores

viven del juego, considerado como una honrosa profesión. Ese aspecto formal de la religión en Baeza siempre le pareció un estado de superstición milagrera, que poco tenía que ver con el Evangelio.

No obstante, de manera casi insensible, Machado va volviéndose a la realidad física de una tierra que lo va conquistando progresivamente. Es el momento en que, sin abandonar sus temas del tiempo, el sueño o el amor enfoca una temática nueva: la filosofía cordial que aprende en Unamuno, una incipiente penetración de la política en sus escritos, que preludia los que serían nuevos tiempos comprometidos para Machado. Incluso se ve que participa algo más en la tertulia de Almazán y, al final, el paisaje de Baeza acaba por adueñarse de su retina complacida y los nuevos colores (el pardo, el gris o el dorado) entran a formar parte de su paleta colorista. Es la nueva etapa paisajista. Machado ahora desde las murallas observa complacido al sembrador, mientras las nubes cenicientas ensombrecen los grises olivares y ya conoce e identifica a las sierras de Cazorla, Aznaitín y Mágina, incluso los lejanos montes de Granada; es decir, se va comprometiendo sin saberlo acaso con el medio físico, el paisaje de Baeza, al tiempo que olvida la tan recurrente realidad soriana. En un tiempo relativamente corto se ha desprendido de las ligaduras del pasado y ha hecho evolucionar en la poesía la sensibilidad nueva. El nuevo paisaje le ha ido ganando.

Esta etapa machadiana supuso un gran avance en su lírica. Ya le importa menos el señoritismo ambiental, aunque se complazca en ignorar jesuíticamente la insuperable levedad del ser. No cabe duda de que los acontecimientos históricos del momento, con el estallido de la Primera Guerra Mundial o la formación de la Liga de la Educación Política repercuten en el compromiso que va adquiriendo su poesía en Baeza; compromiso que luego desarrollará, pero que aquí está de manera absolutamente vigente. Y una faceta más que también cultiva en Baeza como lo hizo en ningún otro lugar, que le venía desde abajo, desde su infancia. Me refiero a esa veta folclórica, que proviene de la influencia de su padre, Machado Álvarez, autor de la famosa recopilación de *Cantares*, y de su tío Agustín Durán, el conocido compilador del *Romancero*, evocado, refrendado y recibido en la obra baezana. También aquí se escribe en parte el cuaderno luego titulado *Los complementarios*

y una serie de versos incluidos en *Nuevas canciones* que inauguran la etapa de la asonancia y la rima pobre machadiana, de las cancioncillas tradicionales y los proverbios, apuntes breves en forma de soleá o de romance, como aquel que condensa en versos inolvidables la escena de la lechuza en la catedral baezana y que concluye con la apostilla universalmente famosa de

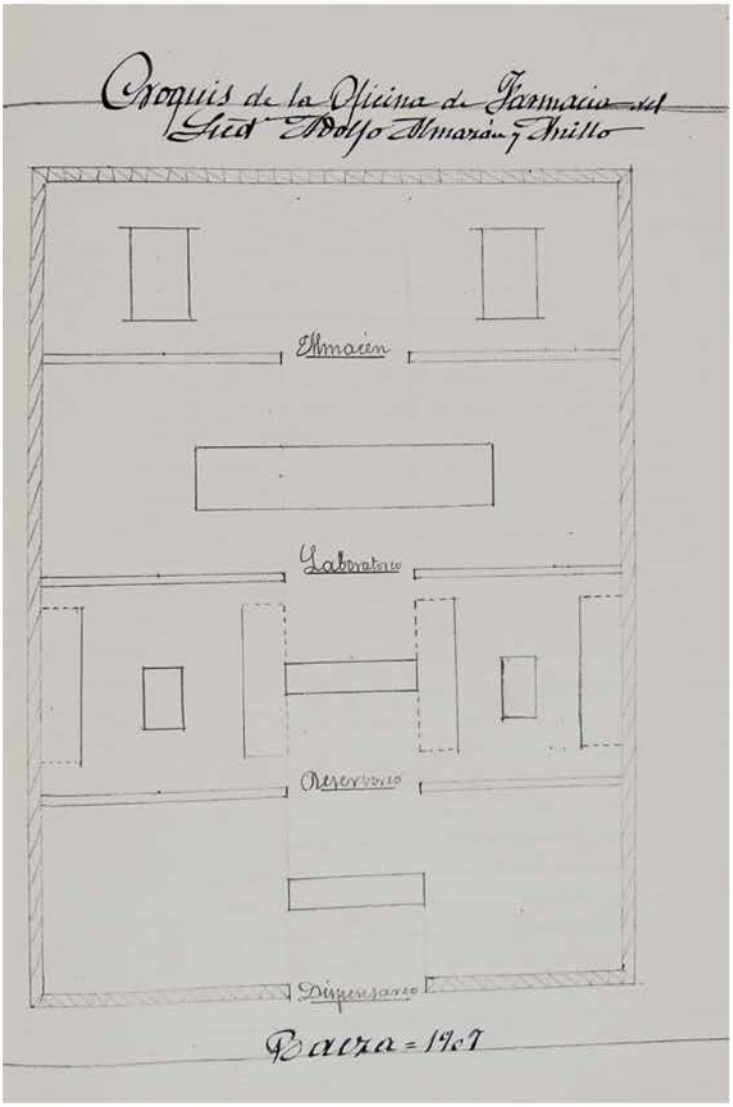
¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

Y, como otro elemento decisivo, la plasmación de los llamados apócrifos, que sin duda constituirán la base de de su literatura posterior; no sólo Juan de Mairena y Abel Martín sino el nonato Pedro de Zúñiga, que será protagonista de su mejor obra teatral, *El hombre que murió en la guerra*, que tuvimos el placer de editar en Espasa Calpe en 2008.

Puede decirse, pues, que la creación machadiana de esta época gira en torno a cuatro facetas: la profundización en el tema de España, en la línea "noventayochista", pero con abundantes toques de originalidad; la identificación con el paisaje andaluz baezano; la iniciación y culminación de su poesía filosófica y de los apócrifos como ulterior resultado y el comienzo de su compromiso político, que es aquí donde tiene su punto de inicio. Recordemos esos famosos versos que compensan la temática y que también son mundialmente famosos como símbolo de esa unidad compartida:

Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón.

Y un aspecto que quisiéramos destacar como se merece. Prácticamente nadie hasta ahora había situado el inicio del teatro machadiano en Baeza. Pues bien, en nuestro último estudio ("La gestación del teatro de los Machado. Un ejemplo revelador") en curso de publicación en la revista *Ojáncano* de la Universidad de Georgia, en EE. UU., presentamos con abundante documentación la prueba de que ya en Baeza, a la altura del mes de mayo de 1918, Antonio Machado tiene escrita por lo menos una escena de la que será su primera obra dramática, *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel*, estrenada en Madrid en 1926 en colaboración con su hermano Manuel, editada por nosotros en Espasa Calpe en 1991. Ello se deduce de la



Croquis de la Farmacia de Almazán
1907
AHMB

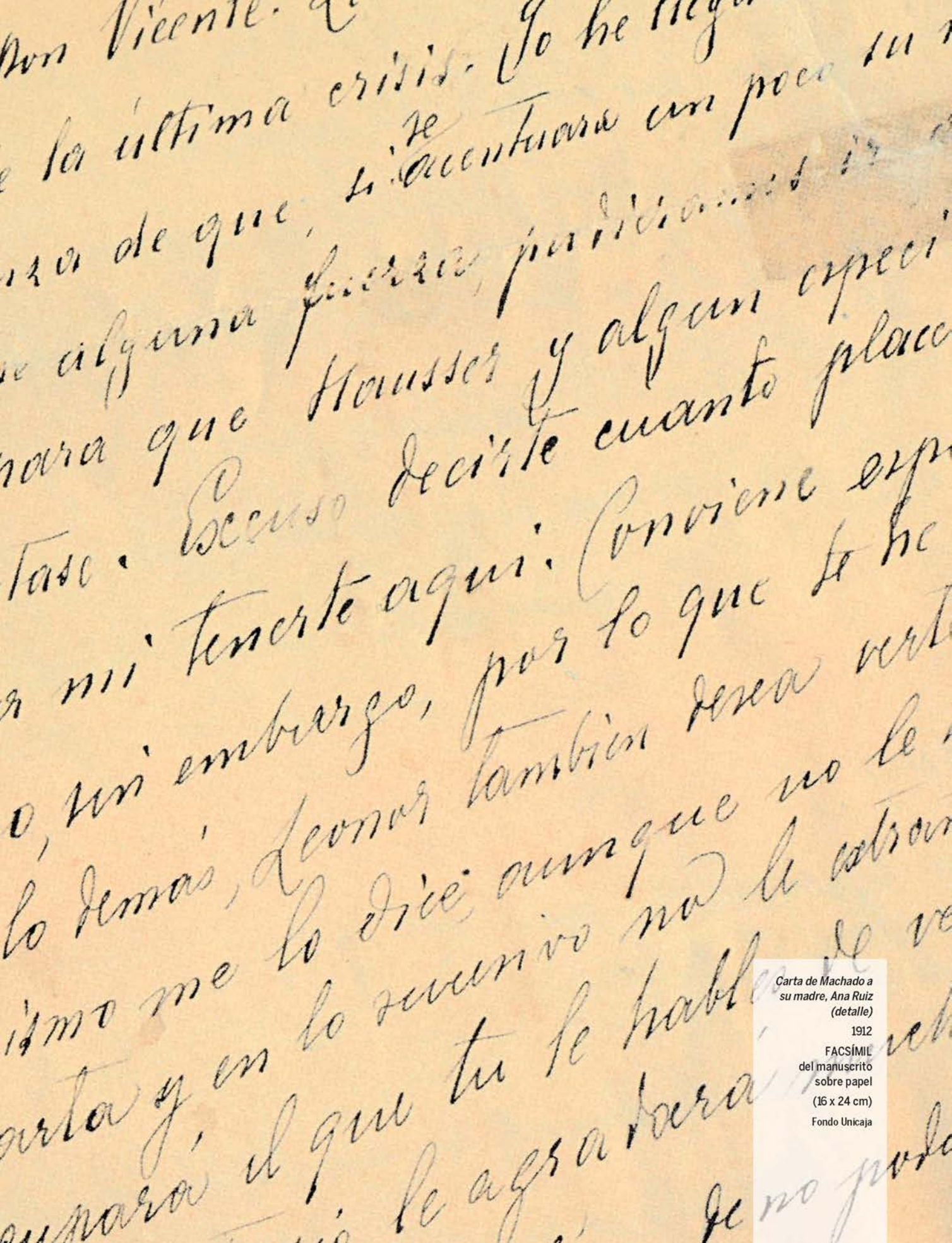
correspondencia con su hermano Manuel, en concreto de la carta nº 47 de las recogidas en el *Epistolario* publicado por Jordi Doménech, donde ya le confirma que ha escrito esa escena y se alegra del acopio de elementos que le anuncia su hermano, con los que piensa levantar lo que llama nada menos que "una catedral dramática", incidiendo en un dato que conviene valorar: ambos hermanos se sintieron siempre hombres de teatro, tal vez porque creían que sólo en el teatro había un medio de riqueza y nombradía, como dicen en alguna ocasión y, efectivamente, así fue. Incluso le comenta rasgos de los personajes

que ya imagina, aspectos de otros que luego fueron desechados. Pero ahí está ya el germen, a la altura de 1918, de este teatro que vería la luz ocho años después. Hasta para esto Baeza fue lugar de creación machadiana.

Incluso otro aspecto más, no tan conocido: la inserción social de la familia Machado en los últimos tiempos, cuando su madre, doña Ana Ruiz, se siente ya inmersa, a su gusto y a sus anchas en la sociedad baezana. Ella misma parece comprometida y anima a su hijo para que escriba teatro. Así lo dice en la carta: "Mamá y yo bien de salud y de ánimo. Mamá también encantada con Julianillo y pensando ya en el hotel campestre que hemos de adquirir a cuenta de futuros éxitos". Reparemos en la literalidad de lo que dice: doña Ana Ruiz está encantada con que sus hijos escriban teatro, porque les iba a proporcionar nada menos que un hotel campestre a cuenta de futuros éxitos, que ya están iniciándose en Baeza. Estamos hablando de 1918, cuando ambos residían en la calle de la Cárcel, no en la vivienda que hoy se enseña a los visitantes, sino en una anterior contigua a ella, mucho más pequeña y mucho más fría, desde donde se mudaron a la esquina de la calle en la conocida casa a que me refiero. Doña Francisca de Urquía, otra hija del director, decía que aquella era una casa fría, destartalada y muy machadiana por tanto. En carta a Heliodoro Carpintero fechada en 1969 observamos la relación de doña Ana Ruiz con la sociedad de Baeza, asunto prácticamente olvidado por los estudiosos de los Machado. Francisca de Urquía era entonces una niña de nueve años. Machado la conducía junto a su madre. El siguiente testimonio nos lleva ver esa inserción de los últimos años: "Algunos días –dice– salíamos los tres juntos. Él nos dejaba en el instituto y se marchaba solo a sus largos paseos. Doña Ana, que gustaba mucho de la sociedad, de hablar con gente, disfrutaba en casa, donde siempre había visitas amigas de mamá o de mi hermana, que era ya una señorita cuando yo era muy niña aún". Esa hermana era María del Reposo Urquía, con quien Machado parece trabó algo más que una amistad. Era una chica joven, a la que nosotros conocimos en los años cincuenta. Queda claro, pues, que la vida de Machado en Baeza, sobre todo a partir de 1917, no fue tan triste, que tenía a su madre que lo mimaba, dentro de un orden, y lo animaba a escribir, que consiguió su título de licenciado que tanta falta le hacía para saltar a

Madrid, que vio editadas en este tiempo sus *Páginas escogidas* y la primera edición de sus *Poesías completas* y que había concebido el teatro, que había de darle "oro y nombradía". La amistad con el director fue también decisiva en su vida. Gracias a él la estancia de Machado en Baeza fue algo más feliz.

De lo que no cabe la menor duda es de que lo mejor de su producción literaria, así como todos los síntomas de su evolución definitiva, se producen aquí, en el campo de la poesía comprometida, en la poesía popular, en la poesía filosófica, en el campo de los apócrifos, en el del teatro y, en última instancia, en el poeta definitivo en la historia de la lírica española de todos los tiempos. Fueron sólo siete años, pero absolutamente decisivos en la que hemos llamado "evocación y creatividad" machadiana. Su misma figura se siente rejuvenecida con la visita de un joven, que entonces había escrito muy poco, pero al cual calificó sagazmente cuando aún no había publicado su primer libro. De Federico García Lorca dijo don Antonio: "Es un joven vivaz, elocuente, divertido, agudo, hermoso, seguramente demasiado protagonista, que escribe a la velocidad que habla. No hay fenómeno que se sustraiga a su mirada veloz, testimonial". Esta fue la impresión que le causó aquel joven el 8 de junio de 1916, cuando vino a Baeza en la famosa visita de los estudiantes granadinos con Domínguez Berrueta, cuando todavía Lorca no era nadie. Y, sin embargo, Machado supo ya entender los valores que había en él. Desde Baeza pudo asistir a la publicación de sus primeras obras y, con toda probabilidad, influir en su creación. Es este otro aspecto que no conviene olvidar de esa que hemos dicho "evocación y creatividad" machadiana, que trasciende desde Baeza a su propia obra y se manifiesta e instala en los grandes genios, como Lorca, de la poesía del siglo XX ▪



Carta de Machado a su madre, Ana Ruiz (detalle)
1912
FACSÍMIL
del manuscrito
sobre papel
(16 x 24 cm)
Fondo Unicaja